

***AUTO DE TERMINACIÓN:
LA SOMBRA QUE HAY EN MÍ***

Asís Arana

*A Gaby, Txelu, y al
resto de "muchatxos" buenos*

- **Autodeterminación:** decisión de los pobladores de una unidad territorial acerca de su futuro estatuto político.
- **Auto de terminación:** documento, escrito, hecho o acto relativo al final de algo.

Bastante ilusorio es que un grupo de personas aspire a decidir sobre su futuro, cuando los individuos que lo conforman apenas son capaces de hacerlo con respecto a sí mismos.

A pesar de que el marco en el que se desarrolla esta novela hace referencia a un conflicto armado real, toda la trama y los personajes pertenecen a la más estricta ficción. Dejo al lector que decida hasta qué punto dicho conflicto entra o no en el ámbito de lo “político”, palabra que en mi opinión tiene un significado más o menos amplio en función del fin que sus usuarios pretendan legitimar. O dicho de otro modo; en lo referente a la flexibilidad semántica del lenguaje, el fin casi siempre justifica los medios.

El autor

Prólogo: ALEJANDRO Y UNAI, 5 de julio de 2003, 02:14 horas.

En el momento de la ejecución, verdugos y ajusticiados casi siempre tienen una cosa en común; ninguno de ellos entiende muy bien cómo ha llegado a esa situación.

La habitación es sombría pero espaciosa, el suelo de madera, y las paredes de piedra gris vetada y aspecto poroso. La decoración, tan lúgubre como mínima. El mobiliario también escasea. Tan sólo hay una mesa baja de madera muy apolillada, un tresillo desvencijado que la rodea y una solitaria silla de plástico.

Unai, visiblemente nervioso, tiene su camisa de cuadros empapada en sudor. Transpira cada vez más a pesar del no excesivo calor. Su cabeza rapada hace un movimiento intermitente que oscila entre la negación y el titubeo. Tiene el brazo extendido y la pistola apenas le tiembla al apuntar al rostro de Alejandro. Pero decir apenas es, antes que nada, certificar que sí que le tiembla. No mucho, pero le tiembla. Y es que matar a otro ser humano no es nada fácil. Y mucho menos a alguien completamente indefenso situado a pocos metros de distancia. Que los motivos de la amenaza estén más o menos justificados, es en esos momentos lo de menos. Posiblemente porque están tan cerca el uno del otro que incluso es más difícil fallar el tiro que acertar.

Pero Unai no piensa en lo fácil que es matar a Alejandro en términos prácticos, sino en lo difícil que le resulta tomar la decisión de hacerlo. Y es que las consecuencias de cualquiera de sus dos alternativas –disparar o dejarle escapar– son muy malas para él, por no decir funestas. Guatemala o *Guatepeor*, como suele decirse. Pero lo difícil en ese tipo de dilemas es tener claro cuál de las dos opciones es Guatemala, para así por lo menos poder evitar *Guatepeor*.

Por su parte, Alejandro muestra las palmas de las manos con los brazos abiertos. Parece que dicho gesto pretende expresar más sorpresa e incredulidad que súplica o pavor. Y es que el miedo cansa demasiado como para que pueda pensar en la muerte. No, ni siquiera está pensando tampoco en su mujer y su pequeña hija de cuatro años. Tan sólo piensa que, en su situación, huir es la única opción. O lo que viene a ser lo mismo, la huida ha dejado de ser una alternativa para convertirse en una imposición.

Es muy extraño lo que a Alejandro le pasa por la cabeza. No cree probable que Unai le vaya a matar, pero tampoco que le vaya a dejar abandonar el caserío. Al mismo tiempo, y a pesar de asumir que dicha situación no puede prolongarse mucho más, tampoco se le ocurre una tercera posibilidad. Es decir, por contradictorio que parezca cualquier opción de desenlace le resulta muy improbable.

Y aunque Unai no sepa nada de todo eso, tampoco sabe qué decirle a Alejandro para que le resulte más fácil tomar una decisión. Es lo que tienen las palabras, que siempre se echan en falta cuando más se las necesita, por mucho que a veces se diga que algunos silencios son mucho más expresivos o elocuentes. Eso es falso; lo que pasa es que la mayoría de las personas son conscientes de que necesitarían muchas más palabras de las que conocen para poder expresar su verdadero sentir. Por eso prefieren quedar calladas, para ahorrarse un esfuerzo que se les antoja un tanto inútil.

Unai trata de pensar mientras pasan los segundos y el gesto de Alejandro va relajándose, o por lo menos acostumbrándose a estar tenso. Pero ése es justo el problema, que en vez de pensar en qué hacer, Unai está pensando en que tiene que pensar rápido qué hacer lo cual, dada su situación, resulta lógicamente de lo más contraproducente. Sobre todo porque apenas queda tiempo para que lleguen un buen número de etarras con intenciones mucho más expeditivas que las demostradas hasta entonces por Unai.

- ¡Tú no eres así, no eres uno de ellos! –le dice Alejandro en un arranque de rabia—. Tienes que dejarme ir.
- No, calla, tengo que pensar, tengo que pensar... –musita Unai, para sí y como queriendo insuflarse ánimos.
- Si quieres vente conmigo, luego ya pensaremos qué es lo mejor para ambos. Si no, ten por seguro que eres hombre muerto. No te van a creer. Piénsalo un segundo, ni siquiera tú te creerías a ti mismo. Los dos sabemos muy bien que lo que ha pasado es sencillamente increíble.
- ¡Cállate, maldito bastardo! No digas ni una puta palabra más porque también sabemos que matarte ahora mismo sería la mejor opción para mí. Casi la única, de hecho.

- ¿Tú crees, estás seguro? Piénsalo bien, llevas ya un buen rato mintiéndoles. ¿Cómo vas a explicarles lo que has hecho, vas a decirles que de repente te lo has pensado mejor? Tú mismo lo acabas de decir, esto no es como darse de baja de un club de golf.
- ¡¡Te digo que te calles de una jodida vez!! –chilla Unai iracundo al tiempo que hace oscilar el arma hacia ambos lados.

A Unai parece molestarle que Alejandro no acabe de tomarle en serio. Pero si se para a pensarlo, y dada la situación, quizás él en su lugar habría reaccionado exactamente igual.

No obstante, lo que Unai tampoco se espera es que Alejandro se ponga entonces a caminar hacia él. Bueno, más que caminar, lo que Alejandro acaba de hacer es acercársele un poquito. Y es que sólo ha dado un par de pasos cortos como para ir tanteando la posible reacción de Unai.

- ¡No te acerques, hostias! Que no quiera dispararte no significa que no vaya a hacerlo –insiste Unai, con una notoria indecisión en la que apenas es capaz de reconocerse a sí mismo.

De hecho, a tenor de la expresión de sus rostros, es difícil saber quién tiene más miedo de los dos, si el hombre armado o su potencial víctima.

- Te equivocas, Unai, siempre hacemos lo que queremos. Siempre. Otra cosa es que luego necesitemos más o menos coartadas morales para aceptar las consecuencias de nuestros actos.
- ¡Te he dicho que te calles de una puta vez! Una filosofada más y te vuelvo los sesos. Te juro por mi *ama* que no te lo vuelvo a repetir.
- ¿Por qué dices eso? –añade Alejandro en un tono de lo más críptico.

Alejandro da entonces otro paso hacia Unai. Esta vez es bastante más largo que sus predecesores. Apenas le separan un par de metros de él. Es como si Alejandro pensara que a través de una aproximación cauta y silenciosa su vida corriera menos peligro que intentando persuadirle con palabras. Pero se equivoca. Porque hay veces en que, una vez hemos rebasado la línea del máximo peligro, éste sólo puede cambiar de forma, pero no de intensidad, de poder desbaratador.

Pues éste es quizás uno de esos casos, ya que Alejandro se ha acercado a Unai hasta el punto de estar en disposición de abalanzarse sobre su brazo para

tratar así de neutralizar la pistola. De hecho es lo que acaba de hacer, sin que además el arma se haya disparado durante el violento forcejeo que ambos han empezado a mantener. No obstante, el problema es que no se ha disparado... todavía. Sí, eso es, tan sólo de momento.

PRIMERA PARTE

ALEJANDRO Y UNAI

1. ALEJANDRO, 3 DE JULIO DE 2003, 00:34 HORAS

El cielo nocturno tiene un aspecto tan opaco y tiznado que parece como si hubiera sido embadurnado de petróleo. Unas pocas nubes dispersas y de formas esquemáticas se atisban en un horizonte de aspecto irreal, extrañamente onírico. O ésa es por lo menos la sensación que tiene Alejandro al escrutarlo con detenimiento a través de la ventanilla del avión, cuando éste todavía no se ha detenido del todo.

A Alejandro todo le resulta inusualmente forzado y desnaturalizado, un poco como si él fuera el protagonista de un burdo melodrama y su entorno un gigantesco aunque inverosímil decorado. No obstante, es muy consciente de que el origen de todo ello está en él mismo, en el enrarecimiento de su propia percepción paranoide, la cual a su vez está inequívocamente condicionada por lo prolongado de su ausencia.

Y es que hace casi trece años que no está en su tan querido como odiado Bilbao, el hogar de su infancia y juventud en el que viven sus también tan queridos como odiados padres. La última vez que les vio fue cuatro años antes, pero en Sidney y con motivo de su boda con Carol, una australiana a la que había conocido tiempo atrás gracias a unos amigos comunes durante unas vacaciones por el desierto austral.

¿Era sólo culpa suya que no hubiera visitado a sus padres en todo ese tiempo?, piensa Alejandro después. Quizás hubiera que hablar más de falta de voluntad que de culpa, pero lo que está claro es que durante esos años nadie le había retenido en Sidney por la fuerza.

Precisamente de esa ciudad han partido Alejandro, Carol y la hija de ambos, Cristina, casi un día y medio antes. Tras hacer dos trasbordos en Bangkok y Madrid, acaban de aterrizar en el aeropuerto de Bilbao. Con los ojos hinchados y la boca pastosa después de un viaje tan largo, Alejandro observa por la ventanilla cómo el personal de tierra descarga el equipaje del avión.

Entonces, y casi como si se tratara de un acto reflejo, Alejandro vuelve a hurgar en el bolsillo de la camisa para releer por enésima vez la carta que su padre le había enviado un par de meses antes. Ni siquiera sabe cómo ha podido dar con él, puesto que no han mantenido contacto de ningún tipo desde

su boda con Carol. No obstante, es muy consciente de que si alguien tiene medios de llegar a donde o a quien fuere, ése es su todopoderoso padre.

El estilo de la carta es muy típico de él, sobre todo en lo referente al rigor y asepsia de sus formas, si bien es la primera vez que éstas dejan entrever algo parecido a una actitud conciliadora. El problema es que, al igual que pasa con las discusiones, dos no se reconcilian si uno no quiere.

Querido Alejandro,

Confío en que os encontréis bien en todo orden de cosas. Después de tanto tiempo sin saber nada de vosotros, imagino que te sorprende tanto el envío de esta carta, como el hecho de que sepa que tenéis una hija de ya casi cuatro años. Ni que decir tiene que, a pesar de nuestras posibles diferencias del pasado, sigo queriéndote como el hijo mío que eres.

Los años van pasando, al tiempo que provocan inevitables cambios de los que somos sólo conscientes cuando resultan dolorosamente evidentes. Lo que quiero decirte con esto es que han pasado muchas cosas que me gustaría poder contarte en persona. Aunque sé que ni mucho menos puedo exigirte nada, te agradecería de todo corazón que nos visitaras junto a Carol y la niña, y que incluso te plantearas la posibilidad de pasar en casa una temporada.

Lógicamente desconozco tus planes y situación actuales, así como el peso de tu rencor hacia nosotros, si bien también me consta que soy yo y no tanto tu madre su principal objeto.

Por todo ello, sólo puedo pedirte por favor que por lo menos te lo pienses antes de tomar una decisión. O lo que viene a ser lo mismo, que trates de comprendernos y –en su caso– de perdonar nuestras faltas.

Te quiere,

Tu padre

Alejandro casi puede recitarla de memoria. No obstante, vuelve sus ojos sobre ella una y otra vez, como si tocándola pudiera desentrañar nuevos significados que fueran más allá de la semántica de las palabras. Le sucede

también que entiende la carta de un modo más o menos positivo en función del humor que tenga en cada momento, habiéndose vuelto éste en las últimas semanas de lo más voluble por motivos que no acierta a precisar del todo. ¿Se trata tan sólo de los típicos nervios ante una situación semejante, o de algo en cambio mucho más turbio e inconfesable?

- Las palabras no cambian su significado por mucho que las releas, tan sólo lo enredan un poco más –le susurra Carol al oído, tras bostezar suavemente para no perturbar el sueño de la pequeña Cristina, que duerme sobre su pecho emitiendo un ligero ronroneo—. ¿Qué es lo que te da tanto miedo, cariño? Sólo es un hombre, tu padre.
- Eso es, precisamente. Sólo eso. Hablamos nada más, pero tampoco nada menos, que de mi padre –responde Alejandro con una sonrisa de lo más ambigua.
- A ver, tienes que reconocer que si no llega a ser por él nunca nos habríamos conocido –añade Carol con el semblante risueño.
- ¿Te refieres a que yo no habría existido o a que no nos habríamos encontrado? –inquire Alejandro con cierta acidez.
- Lo sabes muy bien, así que deja de darle tantas vueltas a todo y piensa también en todas las cosas buenas que tiene regresar a casa después de tanto tiempo.
- Eso intento. Lo que no sé muy bien es si lo estoy consiguiendo.
- ¿No crees por lo menos que Cristina tiene derecho de conocer a sus abuelos? Míralo si quieres de ese modo. Te gusten más o menos, son sus abuelos además de tus padres.
- Sí, eso es innegable. ¿Eres siempre tan perspicaz? –ironiza Alejandro.
- Creo que exageras con tu actitud. No digo que hayan sido los padres perfectos, pero no podemos elegirlos y eso es precisamente lo atractivo del asunto, ¿no crees? De otro modo la vida sería un completo aburrimiento.
- Ya sé cuál es tu opinión al respecto, Carol, me lo has dicho mil veces y no me apetece volver a hablar del tema por enésima vez. Ya sé que a ti te cayeron muy bien durante los trece minutos que hablaste con ellos en nuestra boda. Pero no olvides que ésa es una de sus más

incuestionables cualidades, ya que mis padres siempre caen fantásticamente bien a todas las personas que nunca llegan a conocerles de verdad.

- Cariño, a veces llegas a cansarme con tanto cinismo de manual. Nada más lejos de mis intenciones seguir discutiendo sobre ese tema, pero nada de esto tiene ningún sentido si vas a volver sobre él constantemente. En ese caso prefiero que me lo digas cuanto antes. Nos volvemos a Sidney, o nos vamos a vivir a Londres o donde te dé la gana, y nos dejamos de melodramas –le advierte Carol después con claros visos de hartazgo, de un modo como engañosamente conciliador.

- Perdóname, tienes razón –admite Alejandro tras espirar ruidosamente.

Luego, después de meter la carta en el sobre y devolverla al bolsillo, se vuelve hacia Carol y la besa en los labios de forma fugaz.

- ¡Pero qué pasa, no hay nadie! –exclama de repente una vocecita.

Es Cristina quien, muy somnolienta y desconcertada, mira hacia los lados mientras una estilosa azafata les sonrío a los tres desde el pasillo, como advirtiéndoles amablemente de que son los únicos pasajeros que quedan por desembarcar.